

I

Clara se encontraba recorriendo el parque de la gran mansión. Siempre salía a caminar por la mañana cuando el sol doraba las copas de los árboles sintéticos. Vivía allí desde que el Instituto de Investigaciones *Ciengen*, que funcionaba en el edificio, se había incorporado al plan gubernamental de investigaciones genéticas. Estaban a punto de descubrir cómo manipular un gen especial, el de la empatía, además de otros experimentos para lograr una mejora fisiológica en los corazones de los cerdos que se utilizaban en implantes en humanos.

Llevaban décadas tras ese gen. Al principio se pensaba que la empatía era producto de la crianza y de la adaptación al medio, sin injerencias físicas. Sin embargo, diversos estudios con gemelos y otros hermanos fueron dando las pistas para la identificación y aislamiento de la materia genética. Uno de ellos había sido realizado por la Dra. Clara Morena. Ella había estudiado a cuatro pares de gemelos cuyo nivel de empatía era marcadamente diferente.

Ahora, bajo la luz oblicua del sol marciano, contemplaba las copas de los árboles bajo el cristal del domo de *Ciengen*. En un rato iniciaría las tareas del día y se sumergiría en las investigaciones a gravedad tres.

En eso, vio algo que le llamó la atención, a un costado de la casa, donde se reproducía un aljibe. Se acercó sin dejar de mirar. A medida que se aproximaba, notó que parecía un paquete de regalo, envuelto en papel brillante y con un moño. Ya no se acostumbraba hacer presentes de esa manera.

Desde hacía casi un siglo, la gente regalaba memorias con la programación de diversos objetos, para que el homenajeado imprimiera en 3D una a su elección. De esa forma, nadie podía equivocarse, ni siquiera era necesario conocer al sujeto en cuestión. De allí que la empatía, el conocimiento subjetivo, todo ese abanico de sentimientos que se disparan al elegir algo para alguien con la intención de que sea de su agrado, no fuera necesaria, prácticamente. Ese había sido el disparador de su idea de investigación.

Se agachó y vio una pequeña tarjeta junto al moño. Decía: “*Malum ex arbore cecidit*”. Clara trató de recordar si alguna vez había leído algo así, pero nada vino a su memoria. Pensó un momento si debía abrir el paquete y, al llegar a la conclusión de que no iba dirigido a nadie en particular, sacó el papel brillante. Adentro, una caja de cartón contenía una Biblia.

Volvió a la casa y de inmediato fue a buscar a la Dra. Julia Carlson. Julia hacía poco que se había unido a la investigación. Procedía de Venus, donde desarrollaban cartílagos para humanos a partir de algas.

—Encontré este paquete en el aljibe —dijo Clara.

—¿Un paquete? ¿Qué contiene? ¿Lo abriste?

—Sí, no pude evitarlo. No iba dirigido a nadie.

—Yo hubiera hecho lo mismo. Una no puede refrenar la curiosidad científica —dijo riendo.

—Sí, es cierto.

—¿Qué contiene?

—Una Biblia —respondió Clara, mostrándole el libro.

—No lo hubiera imaginado. ¿Quién querría una Biblia? No conozco a nadie aquí que pudiera leer una. ¿Tú?

—Yo tampoco. Lo más raro es la tarjeta. Tiene una frase en latín.

—A ver... —Julia tomó la tarjeta y la leyó, luego se dirigió a su computadora y escribió la frase—. Acá dice que significa: “La manzana ha caído del árbol”.

—Mmm, qué curioso... Una Biblia y una manzana caída. Será algo relacionado con el juego de anoche. El símbolo de Jorge era la Biblia. Le preguntaremos más tarde.

—Sí, o quizás alguien quiera darte un mensaje.

—Pero ¿por qué la Biblia?

—No lo sé. Tal vez estamos inventando una fantasía. Lleva ese regalo a la recepción y veremos si alguien lo reclama.

Las dos caminaron hasta la entrada del edificio. A esa hora estaba vacía, siempre. Los investigadores ya trabajaban en sus laboratorios. Solo estaba Fernando, el encargado del edificio, quien en ese momento programaba los sistemas de temperatura y humedad.

—¿Alguien preguntó por un regalo?

—¿Un regalo? No, nadie. ¿De qué regalo hablan?

—Encontré esto en el aljibe cuando salí a mi caminata matutina.

—¿No será para ti?

—No puede ser.

—¿Por qué? ¿Lo abriste?

—No. Es que no hay ningún motivo para que alguien me haga un regalo.

—Me parece que te están afectando tus estudios —respondió Fernando.

—¿Por qué?

—Porque podría haber alguien interesado en ti.

—No sé a qué te refieres.

—Te sale bien hacerte la distraída.

—¿No hablarás de Jorge? Él no está interesado en mí. Está interesado en su experimento.

—Yo escuché otra cosa...

—Bueno, si alguien reclama el regalo, ¿me avisarías quién fue?

—Claro.

—Gracias.

II

Las dos científicas fueron a sus respectivos laboratorios. Allí se dedicaron todo el día a sus proyectos. Al caer la noche, después de cenar, presas de un gran cansancio, se encontraron afuera del edificio. Era extraño el llegar de la noche, a veces coincidían las dos lunas y parecía una persecución en el cielo. Fobos se adelantaba siempre y Deimos se trasladaba con la parsimonia de un gigante pesado. Esa noche era particularmente clara. El frío se hacía sentir fuerte aún en el verano marciano. Por eso se encontraban cubiertas con la ropa térmica y caminaban como zombies.

Al llegar al aljibe, encontraron otro paquete. Esta vez tenía una tarjeta que decía: "*gemini*".

—¿Qué es esto? —preguntó Clara.

—Ya te digo —respondió Julia digitando la palabra en su reloj computado—. Acá dice "gemelos". Veamos qué hay en este nuevo envoltorio.

Las dos abrieron el sobre. Era uno como los que se usaban para el correo en el siglo XXI. A tan baja temperatura, el papel se encontraba endurecido, casi cristalizado.

—Se romperá si lo abrimos.

—No importa —decía Julia—, esta vez no lo entregaremos.

—¿Por qué no?

—Porque así, si alguien lo echa de menos, lo intentará recuperar.

—¿Por qué estás tan segura?

—No sé. Es un presentimiento.

Abrieron el sobre con el filo de una llave. La pestaña se quebró como lo habían previsto. Julia metió la mano y palpó el interior. Clara estaba ansiosa. Le hacía gestos para que se apresurara. Afuera, todo estaba en silencio. Ellas eran las únicas bajo las dos lunas en el domo. A lo lejos, se veían luces provenientes de otros domos. Pero el silencio reinante era sólido, dolía como el frío.

—¿Qué es? —preguntó Clara.

—Es algo extraño, son... ¡semillas partidas! —Julia sacó la mano con